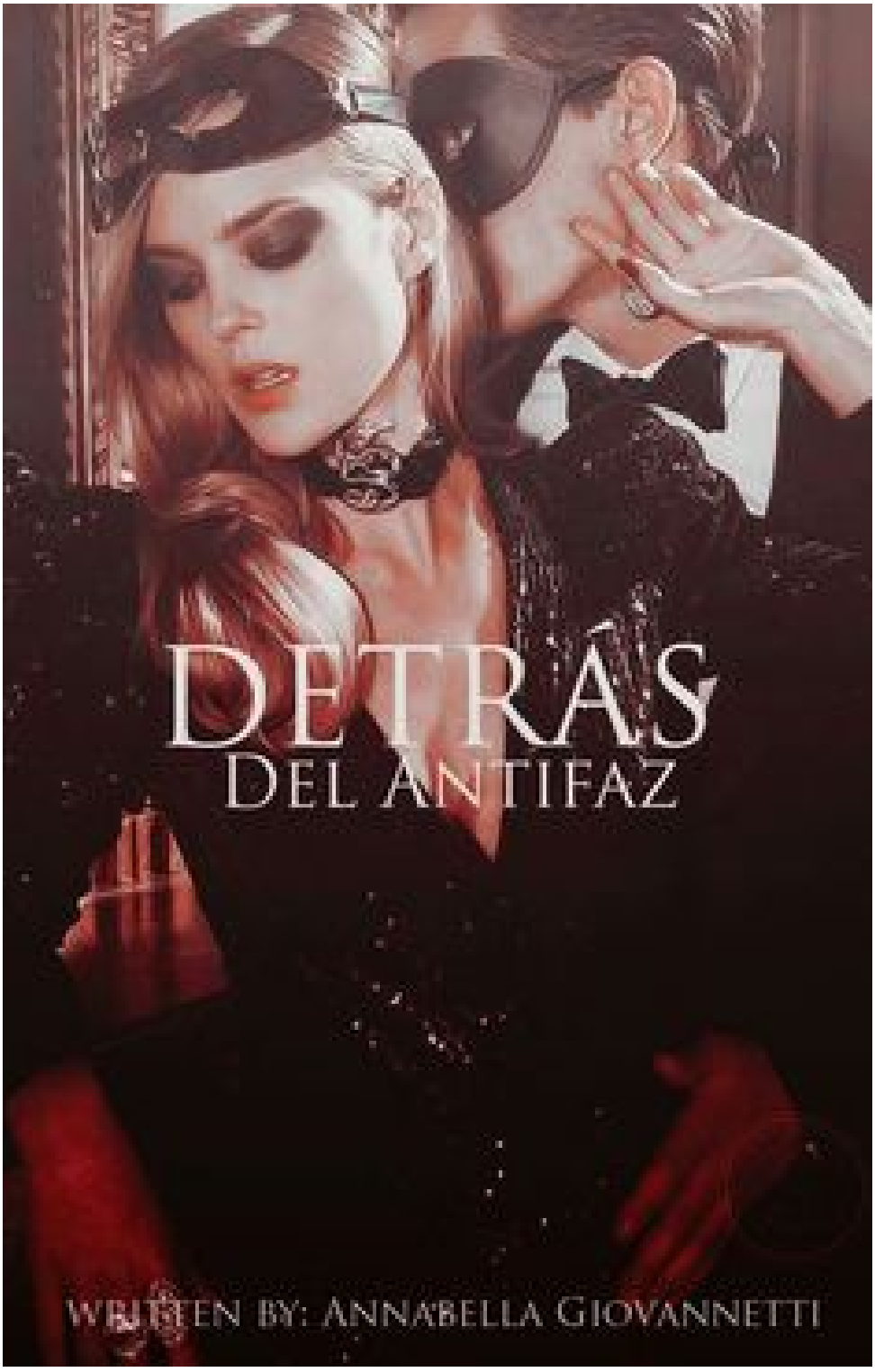
Detrás del antifaz

Annabella Giovannetti



Capítulo 1

Mi nombre es Kimberly. Así, sin apellido, ya que hace varios años decidí que no tendría familia, desde hace muchísimo tiempo me di cuenta de que estaba sola en este cruel y frío mundo. No, no me mal interpreten, seguro que ustedes corrieron con mejor suerte que yo.

Comenzaré diciendo que esta historia empieza cuando yo apenas era una niñita de ocho años de edad. No había visto nada de la vida y, sin embargo, ese día todo cambió.

Llegué a casa después de un largo día en el colegio. Dejé mi enorme bolso, que fácilmente me doblaba el peso, y me saqué las zapatillas. Al fin en casa.

—¿Papá? —grité, adentrándome en la cocina.

No recibí respuesta alguna, así que sólo había un lugar en donde él podía estar a esas horas: la cantina de Jack. Suspiré y volví a calzarme las zapatillas para traerlo de vuelta a casa antes de que se jugara todo por unos cuantos pesos.

En el camino me pregunté si mi padre haría lo mismo si mi madre siguiera con nosotros, aunque inmediatamente mi respuesta fue un rotundo no. Mamá había muerto hacía varios años, tantos que me costaría demasiado trabajo recordar su rostro si no fuera por la foto que guardo celosamente bajo mi almohada. Desde entonces, papá no dejaba de beber y, en ocasiones se portaba demasiado extraño y sus ojos estaban tan inyectados de sangre que prefería meterme bajo la mesa y tapar mis oídos con fuerza mientras rezaba que no me encontrarse, porque de hacerlo, yo sabía muy bien lo que sucedería.

El sol quemaba en mi frente, era pasado el mediodía y, en esta parte del mundo, el sol quemaba sin compasión mi blanquecina piel, haciendo que pareciera más como un salmón que como una persona.

Nuestro barrio realmente no era el mejor; por lo que sé, mi madre venía de una familia adinerada, pero perdió su herencia al casarse con mi progenitor, ya que sus padres no aprobaban el casamiento. Pese a todo, estoy totalmente segura de que mi madre se casó enamorada de mi padre y éste de ella. Tanto así, que en ocasiones aún llora su muerte.

Llegué a la cantina y atravesé la puerta sin importarme mucho que las personas me vieran mal por entrar a un lugar como ese. Mi objetivo era claro: sacar a mi padre de ahí antes de que me creara otra cuenta impagable con Jack por el consumo de alcohol y cosas rotas. Escaneé el lugar hasta que mi vista se detuvo en una esquina alejada; ahí, rodeado

de cuatro hombres más, se encontraba mi padre. Tres de sus acompañantes eran sus amigos de parranda habitual, pero había un hombre que jamás había visto. Tenía el cabello hasta los hombros, recogido en una coleta baja y había una horquilla de oro en su oreja derecha. No podía verle el rostro porque estaba de espaldas a mí, pero el sólo verlo, así como estaba, me provocó un fuerte sentimiento de nauseas.

—¡Me retiro! —dijo mi padre, arrojando las cartas que tenía entre las manos. Aún no me había visto.

El hombre desconocido rio.

—Pero, ¿cómo que te retiras, Elliot? Venga, presiento que ya estás por ganar.

—No tengo nada que apostar. —Mi padre hundió el rostro entre sus manos.

Suspiré y decidí que era el momento idóneo para aparecer en escena, caminé los pocos metros que nos separaban y coloqué mi pequeña mano en su hombro, tratando de que mi voz se emitiera de la forma más dulce que podía.

—Padre, será mejor que vayamos a casa.

Sentí sobre mí la mirada de aquel desconocido, pero no me giré a verlo. El simple hecho de sentir su mirada sobre mí me hacía sentir escalofríos.

—Creo que aun te queda algo que apostar —murmuró aquel hombre.

Me tensé.

—¿Papá? —insistí.

—¡Cállate, Kimberly! —gritó papá—. ¿De qué hablas, Aarón?

Me armé de valor y miré al desconocido. Sus rasgos eran más bien duros; una nariz larga y puntiaguda sobresalía de entre todos sus rasgos. Aarón, como lo llamó mi padre, tenía grandes ojos color miel y la tez tostada por el sol. No era la clase de persona en la que te fijarías, tenía cuerpo algo trabajado, pero seguía siendo un simplón. Él me devolvió la mirada, no transmitía nada con sus ojos; ni burla o ira, aunque algo me decía que algo malo estaba por sucederme.

«¡Y sólo el cielo sabía cuánta razón tenía! Pues de haber sabido que ese día me encontraría con Aarón West, jamás habría ido en la búsqueda de

mi padre…»

Ese ruin y despreciable ser, me barrió con la mirada y vi un destello aparecer furtivamente en sus ojos. Su mente acababa de maquinar algo; algo que sería malo, muy malo para mí.

—Tu hija —respondió, como si estuviese hablando del clima y no de apostar a una persona en un juego de cartas.

Los amigos de mi padre se rieron, pero éste se quedó en silencio, sosteniéndole la mirada a Aarón.

—¿Estás de broma? —preguntó mi padre—. ¿Quién podría quererla?

Sentí un golpe en mi pecho porque sus palabras fueron dichas con frialdad. En aquel entonces no era ni la sombra de lo que soy ahora. Antes era fácil destruirme, hacerme menos y humillarme; y mi padre era experto en ello. Aun así, era una niña demasiado madura para mi edad, puesto que desde pequeña tuve que valerme por mí misma para salir adelante.

—¿Cuánto te parecería bien? ¿Dos o tres?

—¿cientos?

Aarón se carcajeó.

—Miles, hombre, miles ¿con quién crees que estás hablando?

Tragué con fuerza y miré a mi padre mientras no podía dejar de sentirme como un pedazo de carne. No podía estarlo considerando ¿o sí?

—Diga que no, padre —gruñí, mirando con enojo a Aarón.

—Cállate, Kimberly —ordenó nuevamente.

Me mordí el labio y me dirigí a la escoria de hombre que deseaba comprarme.

—¡No puede pagar por mí! —gruñí—. No soy una cosa que se puede comprar. ¡Soy una persona!

Él volvió a reír.

—Eso díselo a tu padre —contestó, burlón—. Te aseguro que en estos momentos está pensando cuántas botellas de alcohol puede comprar con tanto dinero y la cantidad de dosis de heroína que podría tener a su

alcance.

Miré a mi padre, rogándole con la mirada que declinara la oferta de aquel hombre que nunca había visto pero que parecía ser una constante en la vida de mi progenitor. Después de unos segundos, apartó la vista y extendió su mano para pedir las cartas.

Entonces todo se perdió para mí. Una niña con sueños y aspiraciones, una niña que tenía que estar jugando con muñecas y no con penes. Aarón West ese día fue mi perdición. Y mi padre se convirtió en un cerdo que odiaría por el resto de mi inmunda vida.